



SEMANARIO POPULAR.

PERIODICO PINTORESCO

ADAPTADO A TODOS LOS GUSTOS Y AL ALCANCE DE TODAS LAS CLASES DE LA SOCIEDAD.

Núm. 30.

JUEVES 24 DE SETIEMBRE DE 1863.
Los números del año forman un tomo de mas de 400 páginas de abundante lectura y preciosos grabados con una elegante cubierta.

4 CUARTOS EL NÚMERO.

Se publica todos los jueves y se remite á provincias el mismo día.
Se vende en los puntos de suscripcion

Tomo II.

PRECIO DE SUSCRICION.

MADRID un año 24 rs., seis meses 13.—PROVINCIAS un año 26 rs., seis meses 14.—ESTRANJERO, CUBA Y PUERTO-RICO un año 50 rs.

SUMARIO.

PEDRO CALVO ASENSIO. —GLORIAS NACIONALES: LA CONQUISTA DE TOLEDO, (Conclusion), por F. Sawa.—LAS MONEDAS DE ORO. (Del alemán.) (Continuacion).—EL DRAMA DE 1793.—EL HORNO DE NABUCHODONOSOR.—CARLOS BUENAVENTURA ARIBAU.—LA CIUDAD DE PAVIA.—EUGENIA Y LEONCIO O EL VESTIDO DE BAILE.—EPIGRAMA.

PEDRO CALVO ASENSIO.

En enero de 1822 y en la Mota del Marqués, provincia de Valladolid, vió la primera luz, aquel cuya temprana muerte lloran hoy los partidos constitucionales. Despues de cursar con brillantez humanidades y filosofia, dedicóse á la facultad de farmacia, en la cual obtuvo el grado de licenciado en 1843 y el de doctor en 1844. En esta época fundó *El Restaurador Farmacéutico*, periódico que consagró á la farmacia y sus ciencias auxiliares, y con el cual prestó á la facultad grandes servicios é hizo ver su indisputable competencia como hombre científico. Activo desde sus mas tiernos años, emprendió á los veinte y uno la carrera de jurisprudencia cursando en ella cuatro años, y ávido de generosa ambicion, unió á los severos cálculos de la ciencia el fogoso entusiasmo por las artes, dedicándose á cultivarlas con tan buen éxito como constancia.

La *Venganza de un Pechero*, *La Estudiante* ó *El Diablo de Salamanca*, *Hernán-Gonzalez* (primera y segunda parte), dramas que escribió en union con su íntimo amigo don Juan de la Rosa y Gonzalez, y *Valentina Valentona*, *La accion de Villalar*, *Los Disfraces*, *Infantes improvisados*, *La Escala de la Fortuna*, *Ginesillo el Aturdido*, cuyas producciones escribió por sí solo, y sobre todo, su drama *Felipe el Prudente*, que obtuvo un éxito brillantísimo, son abundantes muestras de su actividad como autor dramático.

Al mismo tiempo que se dedicó á tales y tan halagüenos trabajos, fundaba en 1835 *El Cinife*, periódico festivo que alcanzó gran bo-a en aquellos días, y traducia, prestando un gran servicio á la juventud estudiosa, muchas obras científicas, entre las cuales no podemos menos de citar *La Materia Farmacéutica*, de M. Guibour.

Despues de tantos trabajos científicos y literarios, aquel incansable espíritu entró lleno de generosas aspiraciones en el campo de la política, afiliándose desde el primer momento bajo la bandera progresista, y llevando á su partido, además de su ingenio, y su corta, aunque gloriosa historia, un alma honrada y una perseverancia asombrosa.

En esta cualidad era en la que mas descolaba. Con la inquebrantable fe en sus creencias por base, y su admirable actividad y constancia por auxiliares, pudo en tan pocos años y por tan honrosos medios, conquistarse la alta posicion que en el concurso político disfrutaba, y llegar á ser uno de los hombres mas autorizados y de mas iniciativa en su partido, á quien prestó servicios importantes.

Despues de haber atravesado por diez años de violentas convulsiones políticas, de tristes desengaños y de traiciones y apostasías sin cuento, Calvo Asensio y el periódico que tan dignamente dirigia, siguen sosteniendo los mismos principios que en el instante de ver la luz pública.

En su sepulcro vemos lucir hoy la brillante aureola de la fe y de la conciencia ante cuya viva lumbré deben bajar los ojos los débiles y los venales y sentir nuevo aliento los que perteneciendo á diferentes bandos, aspiren segun el partido á que se afilien, á ser estimados durante la vida, y llorados y respetados en la muerte por amigos y adversarios.

Dias despues de la publicacion de *La Iberia* estalló la insurreccion militar de 1854 que produjo una revolucion en el país.

En la redaccion de *La Iberia* se constituyó una junta popular, de la que Calvo Asensio fue

individuo, y á consecuencia de aquel movimiento el partido progresista ocupó el poder.

Ofrecióse á Calvo Asensio el cargo de secretario del consejo de Sanidad, que reusó dignamente, aceptando el de primer teniente de la cuarta bateria de la artilleria de la Milicia Nacional.

Al convocarse las Córtes Constituyentes, presentóse candidato por las provincias de Valladolid, Madrid y Toledo, obteniendo el triunfo en la primera, y ya reunida la Asamblea, Calvo Asensio fue nombrado segundo secretario.

La primera vez que el jóven diputado se dió á conocer como orador, fue en la sesion del 23 de noviembre de 54, defendiendo en contra del señor marqués de Tabuérnica su voto á favor de que la votacion para presidente, vicepresidente y secretario fuese pública y nominal. A esta brillante oracion se siguieron otras muchas en las que si no resplandecian la tersura y elegancia de las frases, se veia impresa la fuerza de carácter y la intencion política del hombre de partido.

Entre estos discursos no podemos menos de citar el que pronunció el 19 de enero de 1855. Habíase presentado una proposicion en la que se trataba de dar un voto de censura al gobierno por su marcha incierta y vacilante, escluyendo al duque de la Victoria. Este declaró que asumia tambien sobre sí las consecuencias de la votacion, y en vista de esto, el diputado señor Seoane retiró su firma, pero Calvo Asensio, dando pruebas de esa firmeza de carácter, que era la principal de todas sus cualidades, sostuvo su firma, pronunciando una elocuente peroracion, en la que por primera vez atacó el pensamiento de la union liberal, é hizo ver claramente dónde estaba la influencia que, revolviéndose contra la situacion progresista, habia de acabar con aquel estado de cosas.

Una de las glorias de la vida de Calvo Asensio, fue el haber sido autor y móvil principal de la coronacion de Quintana.

A las cualidades políticas que le adornaban, añadió Calvo Asensio la del valor personal hasta rayar en temerario, como lo demostró en los sucesos del año 56, y por lo cual le hizo completa justicia el vencedor de aquella sangrienta jornada, el ilustre marqués del Duero.

Después la Córtes Constituyente, Calvo Asensio se dedicó por completo hasta el año 58 á trabajos periodísticos, y en union con sus íntimos amigos y redactores, sostuvo con sin igual energía y aprobación de su partido el programa del progreso ilimitado, que defendió hasta en sus últimos instantes.

Diputado á Córtes en las elecciones de 1858, Calvo Asensio fue una de las principales columnas del régimen constitucional y unió su voz digna á la de otros hombres de diferente bando para sostener lo que es comun á progresistas y conservadores, la libertad, la consecuencia, el brillo del régimen representativo y la libre expresión del pensamiento.

Hombre de partido, lógico y consecuente en sus principios, honrado y leal en su conducta, el señor Calvo Asensio ha llevado al sepulcro el cariño de cuantos le han tratado, y las simpatías de los que, sin conocerle, saben apreciar las buenas cualidades del espíritu y del corazón en hombres que, como él, se dedican resueltamente al bien de la patria, trabajando sin tregua y sin descanso por la libertad y la gloria de la patria.

GLORIAS NACIONALES.

LA CONQUISTA DE TOLEDO.

(CONCLUSION.)

—¿Y qué podremos hacer nosotros?... contestó Abul Hassam... hace dos años los de Castilla se apoderaron de Santa Olalla, Maqueda y Talavera... te acordarás que el bravo alcaide del castillo de Rueda, el valiente Aben Falax, tendió una celada al rey Alfonso, y que éste se salvó, pagando el pobre alcaide su temeridad con la vida; después el rey de Castilla, fuerte, irritado, potente, volvió contra nosotros sus armas, y tálamo á sangre y fuego cuanto se oponía á su paso, nos arrebató á Hita, Guadalajara, Salamanca, Uceda, Madrid, las mas preciadas llaves de nuestra frontera: hoy nos estrecha, nos oprime, y llegará un día en que débiles, hambrientos, con la vergüenza en la frente, seremos expulsados, arrojados del país que nos vio nacer, crecer y lidiar por su prosperidad... y ese día, señor, ese día, continuó el walí con acento profético, se aproxima, se acerca... Nada, créeme, señor... capitulemos, entreguemos con honra la ciudad... y dentro de algun tiempo, cuando seamos fuertes... cuando nuestros soldados no desmayen á vista del comun peligro, la sitiaremos, y con la ayuda de Dios valiente y vencedor, recuperaremos nuestro reino, ensangrentando hasta los cuernos de nuestras picas, con vil sangre castellana.

—¿Y es eso lo que tenías que decirme Hassam?... contestó Hiaya trémulo de coraje... ¿Es eso lo que te se ocurre en el momento que el honor y la patria peligran?... En buen hora márchate, ríndete al vencedor... pero yo... yo que pienso de distinta manera que tú y tus secuaces, procuraré verter hasta la última gota de mi sangre antes que entregarme... ¡Miserables!... ¡Cobardes!... prosiguió el rey cuya exaltación crecía... ¡que se amedrentan á presencia de una bandada de perros nazarenos, cuando se apresta el momento de lidiar como leales y buenos, defendiendo su Dios, su patria y su derecho!...

—Te equivocas, señor, contestó el walí... si te hablo así es porque veo lo inútil de nuestra lucha, pero yo prefiero también la muerte á la deshonra, y puesto que te obstinas, lidieemos... pero también te juro por el Dios de los creyentes que marchamos á una muerte segura, inevitable.

—Hágase la voluntad de Allah, murmuró

el rey. Ahora bien, ¿con cuántas gentes contamos leales, decididas, adictas á nuestra causa?...

—Con unos diez mil entre ballesteros y almogavares.

—Pues bien, que se armen todos, que se preparen nuestros valientes taifas para dentro de dos horas, y avisar á los *alfaraces* que estén igualmente armados y dispuestos; después... después moriremos con gloria en el campo... vé, vé mi buen walí, y que se haga todo como cumple á mi voluntad.

—Hágase tu voluntad, señor, pero tu obstinación nos pierde á todos, tu obstinación te cuesta la corona que tus mayores te legaron de generación en generación.—Dicho esto, inclinóse y salió de la estancia.

A los pocos momentos, el estruendo de las armas y el ronco sonido de atabales y añafles llenaban el espacio.

El rey llamó á su servidumbre y se hizo vestir un magnífico arnés con hermosas lacerías y arabescos de oro, montó un poderoso corcel encubertado de guerra, embrazó su adarga vacarí chatonada de oro, aprestó la lanza, y poniéndose al frente de sus ginetes, salió de Toledo por las puertas de Visagra.

...

Luego los ayes, las imprecaciones, el ruido de atabales, *atakebiras* y clarines, unidos al ronco estruendo de las armas, y los gritos de... Santiago y cierra España, por Castilla, con los de *Le galib ile Allah* (1), por los árabes, atronaban el espacio.

Y los árabes fueron vencidos, huyendo los pocos que quedaron á refugiarse en la ciudad, habiendo dejado muertos en el campo los mas valientes guerreros de sus taifas.

V.

El rey Hiaya, viéndose perdido, maldijo su suerte y su desgracia, y ensangrentado, furioso, revolvió el caballo, y clavando los pesados aguijones en los flancos del bruto, que relinchó de dolor, partió como un huracán sobre el camino de Toledo...

Detrás y al frente de una veintena de lanzas, pálido, letal, le seguía Abul Hassam que murmuraba con semblante sombrío: solo Dios es vencedor, cúmplase su voluntad.

Luego la pequeña caravana entró por un portillo en la ciudad, perdiéndose á poco entre sus revueltas.

El pronóstico del walí se cumplía, y Toledo estaba casi á merced de los castellanos.

VI.

En el momento en que acontecían en Toledo los sucesos que hemos detallado al principio el capítulo anterior, y cuando se preparaba Hiaya para embestir las huestes castellanas, en el real de don Alfonso, habiendo recibido aviso que el agareno marchaba contra ellos, prestaron también su ejército, distribuyéndole en buen orden para la lid. Efectivamente, dividióse éste en tres pelotones. El primero, mandado por don Alfonso, el segundo por el Cid, y el último por don Sancho, rey de Navarra; en seguida pusieron en marcha contra el *alarbe*, y encontrándose ambas huestes, dióse la batalla, saliendo como hemos dicho, vencidos los infieles, merced á las heroicidades del mismo rey, del Cid, y otros caballeros de preclara estirpe, entre quienes se cuentan los Ordoñez, los Laras, los Manriquez, etc.

Concluida la batalla, replegarónse los moros á Toledo, después de haber dejado en poder de don Alfonso gran número de preseas y prisioneros. Los cristianos retiráronse á sus reales y entonaron un himno á Dios que había protegido la victoria.

¡Y cuán bello era ver á la pura luz de la tarde aquel poderoso ejército arrodillado ante

(1) Solo Dios es vencedor.

un modesto altar, en que un religioso de magistoso semblante y luenga barba, investido con los ornamentos sacerdotales, y teniendo en una mano el emblema del Crucificado, hacia descender la bendición de Dios sobre los héroes! ¡Y todo esto cobijado por un cielo límpido y radiante, que se ostentaba abrigado por un sol deslumbrador y bello, reverberando con sus ardientes rayos sobre los bruñidos petos, cascos y corazas!...

Era preciso creer en Dios... creer en él y adorarlo... A poco la noche estendía su negro manto, y vencedores y vencidos entregáronse al reposo de aquel día, no oyéndose mas que el grito de los centinelas y atalayas, atentos en sus puestos, y el canto de las aves nocturnas.

Mas de pronto, el rudo galopar de un escuadrón se dejó oír, que avanzaba raudo hacia el campamento.

El «quién va» de un atalaya retumbó en la oscuridad.

A lo que una voz contestó:

—Avisa á tu rey, que el poderoso y magnífico emir de Toledo, Muley Sidi Hiaya desea conferenciar con él.

A los pocos momentos los ginetes descabalaron, y el rey, acompañado de su walí y unos cuantos *alfaraces*, avanzó, precedido de cuatro escuderos con antorchas, hacia la tienda de don Alfonso, el cual los recibió con agasajo, á pesar de ser sus enemigos.

Y allí pactáronse las capitulaciones de la entrega, cuyos principales artículos eran:

Que se garantizasen los bienes de los vencidos, y que fuesen juzgados segun su usanza y fueros, no pagando mas que el acostumbrado tributo que daban á sus reyes, como también que la gran mezquita (hoy catedral) quedara consagrada al culto musulmán.

Otrosí, que el rey moro partiese libre y sin obstáculos, llevando consigo sus haciendas y menajes (1).

Asentadas dichas capitulaciones, hiciéronse los juramentos como se acostumbraba en semejantes casos; y para seguridad y garantía de lo tratado, se cangearon en rehenes muchas personas principales.

Concluido esto, partiése Hiaya del campamento, seguido de su mesnada, y entró en Toledo, de donde á las pocas horas salió, dejándola á merced de los cristianos.

Al amanecer de aquella noche de *felice remembranza*, don Alfonso ordenó su hueste, levantó sus reales, y acompañado de su corte, y seguido de su ejército con grandes muestras de alegría, apeóse en su alcázar á veinte y cinco días del mes de mayo, día de San Urbano, año del Señor de mil ochenta y cinco.

En tanto Hiaya, apenado, triste, acompañado de los suyos, galopaba por el camino de Valencia, siguiéndole su walí, que murmuraba con acento fatídico:

¡Estaba escrito!...

Desde aquel día la voz del *mueden* no llama á los fieles á la oración, y el canto cristiano resuena sonoro y santo, bajo las magestuosas bóvedas de sus templos.

¡Alabanza y loor á la religion, bajo cuya gloriosa enseña se han acometido empresas que admiran y asombran á la posteridad!

¡Gloria eterna... á aquellos heroicos tiempos de Alfonsos y Guzmanes, en quienes la posteridad mira cimentadas las decantadas glorias de nuestra madre patria!

F. SAWA.

LAS MONEDAS DE ORO.

(DEL ALEMAN.)

(CONTINUACION.)

Impulsado por esta idea, dió á su administrador amplios poderes para enagenar sus dominios. Este lo vendió todo escepto la alquería

(1) Mariana.

que él mismo habitaba, viejo y enfermo, y donde el baron quiso que terminase sus días. Casualmente hizo Leinau conocimiento con un Estaroste (polaco) que necesitaba dinero, le ofreció una tierra considerable en Polonia, á un precio sumamente módico. Despues de haberla visitado Leinau pidió su retiro, decidido á no mezclarse en los asuntos de nadie. Creyó haber hecho una compra excelente, y dejó el servicio de Rusia; procuróse instrumentos de agricultura, de física, una biblioteca, y formó una colonia de trabajadores, artesanos y labradores alemanes; despues se instaló en su palacio, pensando á veces en elegir una mujer... Tenia treinta años.

La fortuna lo habia favorecido; pero de repente llegaron los días de desgracias con sus tempestades. La Polonia se agitaba; Leinau habia resuelto no mezclarse en los negocios ajenos; pero cuando el vecino del Estaroste, ó el waiwode, venia á consultarle y pedirle consejo, no podia menos de contestarle: «Si amais á vuestro pais, arreglad vuestros asuntos, y guardaos de la intervencion extranjera; estais perdido si os dividís.»

Desde este momento pasó Leinau sin saberlo por un partidario de Kociusko y enemigo del partido ruso; su nombre figuraba en la lista de los proscriptos que se publicaba en San Petersburgo. Los rusos en Polonia con fuerzas considerables, y fueron vencedores en Dubiuska; el ejército polaco atravesó por las posesiones del coronel y le obligó á huir. Los rusos llegaron, asolaron las posesiones de Leinau, y quemaron su castillo: Suwarow, despues del exterminio de los habitantes de Praga, no era hombre que respetase los bienes de un coronel ruso que se hallaba con los insurgentes. Leinau entre tanto huía, impelido por la muchedumbre, y se creyó feliz al pisar el suelo de Alemania. En Dresde recordó que le quedaba una alquería que habitaba su antiguo administrador. Este lloró de gozo al volver á ver á su señor, quien le habia anunciado su llegada á Dresde, mandándole que á nadie lo dijese, porque tenia grandes motivos para permanecer incógnito.

El concurso de circunstancias singulares le obligaron á ocultar el regreso á su patria; la alquería estaba situada en el extremo meridional del ducado, lejos de los caminos reales, y mas lejos aun de la residencia.

En un principio le fue bien al baron en su retiro, pero poco á poco esta vida de caracol le fue siendo enojosa. Hizo que le llevaran libros de la ciudad inmediata, lo que le distrajo algun tiempo. En fin, la idea de vivir como un prisionero ó un desterrado se le hizo insuportable. Un antiguo ministro, maestro suyo, era el único de sus conocidos; vivia en las invernaciones, y se decidió á buscarlo; al efecto llenó un zurrón de lo mas indispensable, y en traje de cazador partió un hermoso día de otoño con su fusil á la espalda.

Necesitaba dos días para llegar á casa del pastor Mauricio. La primera tarde se detuvo en la posada de un pueblo. El posadero le propuso si queria comer con una señorita joven que habia llegado una hora antes, con su padre y una doncella. Añadió que eran probablemente personas de importancia, y que el anciano señor se habia metido en cama, á causa de un violento dolor de cabeza, y solo habia tomado una taza de té. Estas circunstancias que interesaron tan poco á Leinau, adquirieron una gran importancia cuando á la luz de las bujías, y en el instante de colocarse los cubiertos, vió entrar á la joven viajera. Jamás habia visto el baron mujer tan seductora, y dudaba si era una hada ó un emisario del cielo que se le aparecía. El respetuoso saludo que la hizo le fue devuelto con una cortesía acompañada de un ligero rubor. Leinau cuidó de servir á su compañera de mesa lo mejor. Esta era una ocasion natural de aventurar primero algunas sílabas, despues una palabra galante, y luego una pregunta; en fin, la conversacion se anudó entre ellos como entre antiguos conocidos, y sin embar-

go, de vez en cuando se miraban como lo hacen los amigos.

La pareja era indudablemente una aparicion extraordinaria para las gentes del meson: amos, criados, mozas y algunos moradores de la villa se habian agrupado silenciosamente en un rincon, desde donde miraban con la boca abierta á los dos forasteros. Casados, murmuraban entre sí. Hermanos, decia otro. Las mujeres no se acordaban de haber visto un hombre mas hermoso que el baron, ni los hombres una mujer mas bonita que aquella. Era de ver tan bella pareja, sobre todo gratis.

La señorita hablaba de la corte y Leinau no dejaba de preguntarle, interesándole menos esta que las respuestas llenas de inteligencia y de malicia que le daba. Toda la noche la hubiera estado preguntando, si ella no se hubiese levantado para buscar á su padre. Leinau pensativo se puso á tocar el tambor sobre el plato con el tenedor, y así se hubiera pasado la noche si el mesonero no llegara á advertirle que su cama estaba hecha. Levantóse, y al pasar por el sitio que habia ocupado la joven, vió un guante en el suelo, y lo recogió con la esperanza de renovar al siguiente día la conversacion y despedirse.

Pero no calculó que la jornada que habia andado era suficiente para cansarlo; así, cuando despertó, sorprendióle ver los rayos del sol dando de lleno en su cuarto; saltó bruscamente de la cama, y su hermosa compañera de mesa, el guante y el saludo de mañana, le vinieron á la memoria. Puso esta vez el mayor cuidado en su vestido, y ni un átomo de polvo se libró de esa costumbre de aseo que conoce únicamente un militar acostumbrado al servicio de guarnicion; pensó en su uniforme de coronel, en sus posesiones de Polonia, en su suerte presente, y un suspiro se exhaló de su corazon. Cuando únicamente le faltaba ponerse las botas, oyó distintamente la voz de la bella forastera en la calle. Ya hacia mucho tiempo que se hallaba parado en la puerta un coche de camino, abrió la ventana, y ¡oh desgracia! en aquel momento la joven colocaba su pequeño y bonito pie sobre la escalerilla del coche, interin el obeso posadero con su gorro de coton bajo el brazo la ayudaba á subir. Antes de sentarse dirigió una mirada á la ventana; sus hermosos ojos parecian dirigir un saludo al coronel... y desapareció. El mesonero cerró la puerta, y el ruido del estribo fue para el baron un golpe tan cruel, como si hubiese oido caer sobre la huesa de un amigo el primer monton de tierra. El coche partió. Cuando nada tuvo ya que ver ni oír se dedicó á ponerse las botas, dirigiendo á la niña todos los juramentos rusos que habia aprendido en la Moldavia, en la Walachia y en Finlandia. El mismo no sabia por qué juraba, y hubiera cantado si esto pudiera aliviar el corazon; en fin, le dió un puntapie á su zurrón, que voló hacia la puerta describiendo un semicírculo como una bomba, en el momento en que el posadero se aprestaba para desear un gracioso buen día á su huésped, entrando con el desayuno. El zurrón cayó sobre su cabeza, y despues sobre el plato, entre la cafetera y la leche; el buen hombre soltó inmediatamente el desayuno roto, porque todo el licor del Oriente se habia derramado hirviendo sobre sus manos.

—¡Ah! exclamó dolorosamente el mesonero.

—¡Ah! llévase el diablo al torpe, dijo á su vez el coronel, ¿que significa esto? ¡manchar así mi zurrón!

El pobre hombre, en su turbacion, no dudando haber cometido una torpeza, levantó los pedazos rotos y se retiró pidiendo perdón. Este accidente distrajo á Leinau; su cólera habia ya pasado; en lugar de jurar se sonrió; tomó el guante suspirando, y guardó cuidadosamente esta preciosa herencia, recuerdo de una bella desconocida; desayunó en la sala de los viajeros, y preguntó el nombre y la clase de los que acababan de salir; sus preguntas fueron infructuosas, pues ni un alma habia pensado en saber quiénes eran. Pagó su

cuenta, en la que figuraba exactamente el desayuno roto, las heridas, quemaduras y contusiones del mesonero, y tomó por fin el camino de las montañas.

Mientras mas andaba, mas serenas eran sus ideas; ya solo se ocupaba de su antiguo maestro el ministro Mauricio, y de vez en cuando, pero muy furtivamente, de su bella viajera. Una sola vez sacó el guante del bolsillo y lo contempló con atencion, entregándose á sus meditaciones, porque la comarca no ofrecia mucha diversion; el camino pasaba al través de los bosques, y solo se veian á derecha é izquierda troncos y montañas. De repente se oyó una detonacion, y una bala silbó á sus oídos. El coronel se detuvo.

—¿Qué es esto? gritó.

Un zorro saltó del matorral y atravesó el camino; en seguida salió un cazador de las malezas tocando una corneta.

—¡Maldito cazador! exclamó el coronel, habeis podido cazarme en lugar del zorro.

El cazador se volvió hacia Leinau.

—¡Qué, es posible! Despues aproximándose dijo: ¡No, no me engaño! ¡Vos sois el baron de Leinau!

—¿Y vos?... ¡Ah! segun imagino, nosotros nos hemos visto en alguna parte; ya recuerdo... ¿En Londres? Vos sois el conde de Staremberg.

—¡Excelente hombre! exclamó el conde abrazando al coronel con emocion, venid conmigo, no muy lejos de aquí encontraremos un almuerzo de caza.

Aceptado por Leinau el convite del conde:

—Baron, le dijo éste, yo no puedo espresar mi gozo: ¡si supiérais cuántas veces he pensado en vos y cuánto os quiero! ¿Pero dónde vais? ¿Qué os haceis? ¿Puedeis concederme dos ó tres días? Cazaremos juntos. ¿Estais casado? ¿Teneis hijos?

Leinau, ganado en parte por la emocion del conde, y en parte por el vino, confesó á éste que tambien habia pensado en él con frecuencia: el cazador lo escuchaba complacido.

—Hay entre nosotros, dijo, una simpatía particular. Y os he querido, baron, desde el momento de nuestra amistad en Londres, cuando me disteis aquellos billetes de banco que me sacaron de la triste situacion en que me habia puesto la dureza de mi tio. Leinau, sed mi amigo.

El coronel tomó las dos manos del conde y repuso:—Por fin he encontrado al único hombre á quien he buscado tanto tiempo.

—Acabemos nuestra alianza en las esterioridades, dijo el baron llenando los dos vasos, por tí.

—Sí exclamó el conde con entusiasmo, por siempre, eres mi hermano. Y ambos amigos se abrazaron.

—Quiero, dijo el conde, erigir bajo esta encina un monumento de mármol á nuestra amistad.

—¿Cómo? ¿yo te creia pobre, y hab'as de hacer levantar aquí un monumento?

El conde se sonrió.

—No, mi desgracia no es efecto de la pobreza. ¿Es una desgracia no tener dinero?

—Tienes razon.

Despues de haber cruzado el bosque, llegaron á un sitio donde principiaba á haber menos árboles, y al través de los claros del follaje se distinguia un castillo con dilatadas alamedas, manantiales de agua pura y estatuas. El baron enmudeció de asombro, despues se detuvo, y mirando en torno suyo:

—¿De quién es ese castillo? dijo.

—De mi tio; pero yo habito en él. Ya ves, espacio no me falta.

El baron tomó un aire de gravedad que se aumentaba á medida que se iba aproximando; al pasar bajo la puerta vió las armas ducales. Dos criados llegaron con respetuoso silencio á tomar sus escopetas.

—¿Podemos cenar? preguntó el conde.

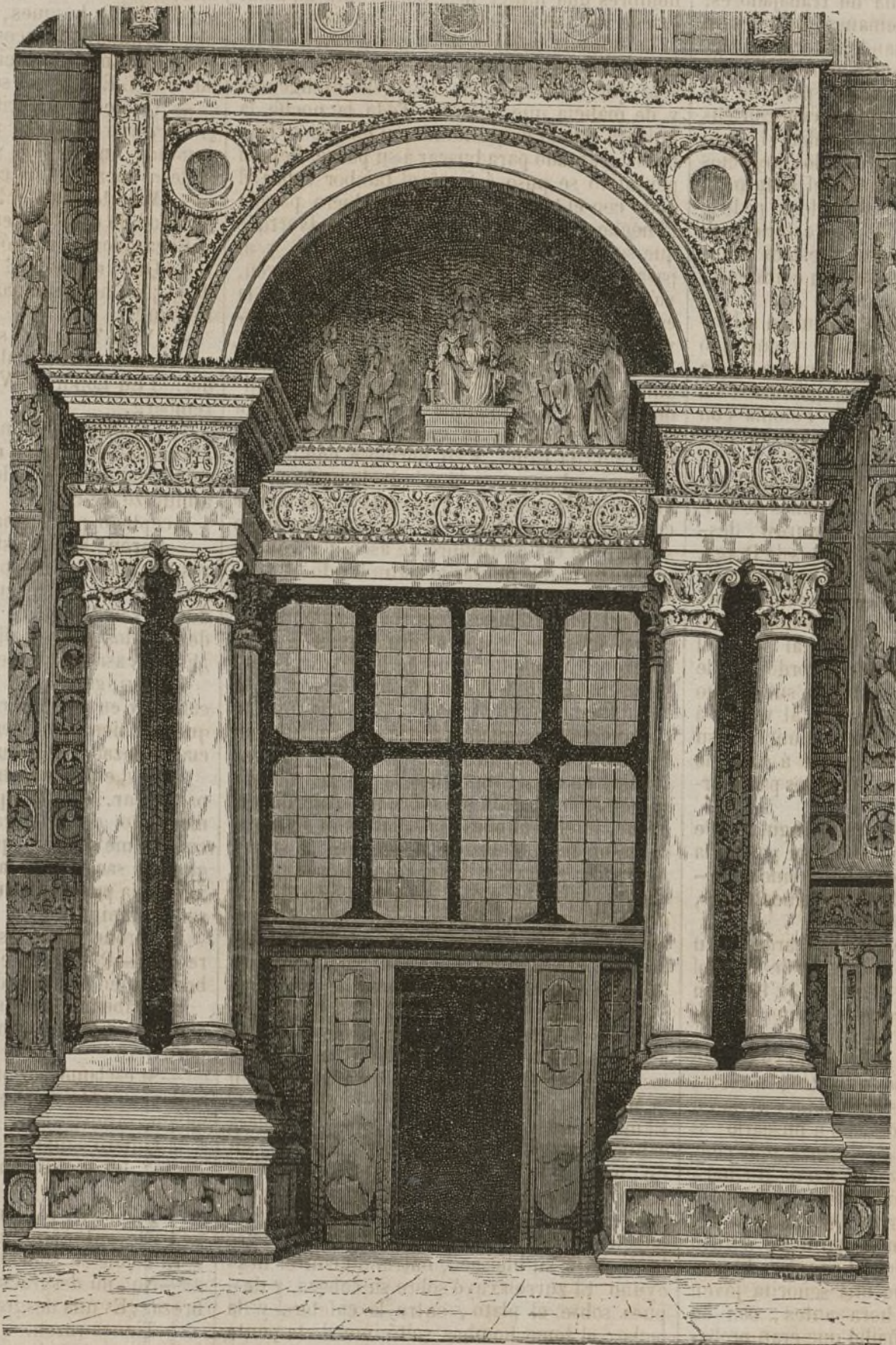
—Cuando guste monseñor.

Leinau examinaba, ya al conde, ya al castillo,

—¿Qué dice ese bellaco? preguntó designando al criado.
 —¿Qué? dijo el conde.
 —He entendido, balbuceó Leinau, que habla como...
 —Es necesario, querido, que te diga al fin mi nombre, el que no quisistes saber en Londres.
 —Bueno, ya es tiempo.

—Me llamo Luis.
 —Muy bien, ¿y despues?
 —No, tú no te incomodarás, dijo el conde, estrechando amistosamente la mano de su amigo; soy el príncipe heredero.
 El coronel quiso descubrirse.
 —¿Qué! ¿es necesario ya conducirte á la encina en que me has jurado amistad fraternal? dijo el príncipe.

—La base de la amistad, que es la igualdad, falta entre nosotros, respondió Leinau.
 —Nos falta únicamente á la vista del mundo: delante del mundo me darás mis títulos, pero entre nosotros seré tu hermano y me llamarás Luis.
 Leinau olvidó acompañado del príncipe la visita que queria hacer al pastor Mauricio, en el que no habia pensado sino por distraccion.



Portada de la Cartuja de Pavia.

Aquellos dos jóvenes no dudaban en creer qué habia nacido el uno para el otro. Ambos amaban, aborrecían y veneraban los mismos objetos. El príncipe, menos sensible que su amigo, sentía mas vivamente y era irritable; pero el otro era comedido y tranquilo. Este consintió voluntariamente en permanecer en el castillo para acompañar al príncipe. Rechazado por el duque reinante, la vida de éste habia sido hasta entonces la de un prisionero; pero la dureza de su tío contribuyó para que lo amasen á él.

El ex-coronel adquirió pocos dias despues de su llegada á Friedensheim (que era el

nombre del castillo) una prueba del rigor del duque reinante hacia su sobrino. Cuando el príncipe supo que habia perdido la mayor parte de su fortuna, manifestó la intencion de hacerle un regalo en metálico, en calidad de premio por el préstamo que le hizo anteriormente en Londres.

«No devolví el dinero á tu administrador inmediatamente despues de mi regreso, porque me hallaba en la mayor desesperacion. El duque me dejaba sin recursos, y me habia mandado á pesar de eso, no contraer deudas, ni romper mi incógnito. Me mandó llamar inmediatamente, y no sé lo que hubiera resul-

tado, si hubiese sabido que habia infringido sus órdenes.»

La union de los dos amigos fue momentánea. Pocos dias despues el duque reinante, mandó alejar al baron,

Guando no se quieren provocar medidas rigurosas, es necesario someterse á las órdenes de los príncipes. El coronel tomó el camino de su alquería, donde recibió durante una semana la visita de su augusto amigo. Cambiábanse las cartas y dábanse citas, pues los rigores de que eran objeto estrechaban mas y mas los vínculos de su amistad.

Una mañana, en que el tiempo estaba ne-

bu loso, una dura capa de nieve cubria la tierra y apenas era de día, oyó el coronel, que aun no se habia levantado, en la puerta de su hacienda una fuerte algazara. Abrieron los criados, y en las escaleras resonaron pasos precipitados. Leinau se figuró que el príncipe, á quien no habia visto varios dias antes á causa del mal tiempo, acababa de llegar. Algunos momentos despues entró el administrador en su habitacion con una carta enorme en la mano.

—¿Quién viene tan de mañana, administrador?

—Un correo ducal que trae esta carta de la Residencia.

El sobre de la carta decia:

Al presidente de nuestro gran consejo, el baron Augusto de Leinau.

—¡Cómo! exclamó el coronel, volviendo á caer sobre la cama, ¿yo presidente del gran consejo? ¿Están locos?

Rompió en seguida el sello y leyó su nombramiento en regla del primer cargo del Estado; seguia la orden de marchar inmediatamente á la Residencia, y todo estaba firmado por Luis; debajo habia escrito el príncipe: «El primer acto de mi elevacion al poder, querido baron, es llamaros á mi lado; partid sin demora.»

(Se continuará.)

EL DRAMA DE 1793.

La revolucion mas terrible de Francia, el drama verdaderamente nacional fue el de 1793, en que substituyó á una monarquía absoluta la república. Fue esta democrática en su principio, despues aristocrática, y al fin se convirtió en despotismo de uno solo.

La Convencion Nacional abrió sus sesiones el 21 de setiembre de 1792 y su primer acto fue la abolicion del realismo y la proclamacion de la república. El proceso, la condenacion y ejecucion de un patíbulo de Luis XVI, tuvo lugar en 1793, no sin preceder la matanza de

suizos, el saqueo de los edificios públicos y otros tristes episodios.

Ya iba á evadirse de Francia el desgraciado

monarca, cuando un jóven llamado Drouet le conoció y fue llevado otra vez á París, donde sufrió el cruel suplicio de la guillotina.



El Drama de 1793.—Theroigne de Mericourt.



El Drama de 1793.—Matanza del os suizos en la jornada del 10 de agosto.

Bien pronto se empeñó una lucha entre los girondinos que querían una república federativa, y los montañeses que la querían una é indivisible. Los primeros sucumbieron y fueron guillotizados en número de veinte y dos en un mismo día. Entonces la guerra pasó al seno mismo de los montañeses y los convencionales se enviaron unos á otros al cadalso. Los extranjeros amenazaron la Francia, los vendeanos se levantaron en contra, y corrió la sangre en Caen, Lyon, Burdeos y Marsella, sin que por esto dejase de hacer cada día nuevas víctimas el tribunal revolucionario. Esta época de sangre y de persecuciones se llamó el *Terror*. Los sacerdotes fueron proscritos, los templos cerrados, las prácticas religiosas sustituidas por una fiesta al Ser Supremo.

La reacción comenzó en el seno mismo de la Convención, y el 27 de julio de 1794 puso término al poder de Robespierre, que también pereció sobre el cadalso. Ya entonces Bonaparte comenzaba á tomar una parte activa en la política. El 5 de octubre de 1795 fue nombrado jefe del ejército del interior. En el año siguiente marchó al frente del ejército de Italia, y nombrado cónsul después de varias victorias, es sabido cómo ahogó los últimos restos de la revolución iniciada por el terrible drama de 1793.

EL HORNO DE NABUCHODONOSOR.

Este recuerdo queda en la historia sagrada, por la profecía de Daniel. Habiendo mandado Nabuchodonosor que se construyese una estatua de oro de sesenta codos de altura y seis codos de anchura, exigió que sus súbditos todos la adorasen. En toda hora, dijo, que oyereis el sonido de la trompeta, de la flauta, de la arpa, del salterio, de la zampoña, de la sinfonía y de todo instrumento músico, postraos y adorad la estatua que he hecho: pero si no la adorais, en la misma hora sereis echados en el horno de fuego ardiendo: ¿y quién es el Dios que os librará de mi mano?

Al oír semejante blasfemia, Sidrach, Misach y Addenago, se negaron á obedecer y fueron echados al horno horriblemente encendido. Pero en él, ¡cosa rara! cantaban y alababan á Dios los tres jóvenes sin perecer ni tan siquiera quemarse, conversando con un ángel del cielo que bajó á animarles. Atónito el rey Nabuchodonosor, llamó á todos sus magnates para que vieran aquel prodigio, y sacándolos del horno sanos y salvos, adoró al Dios verdadero, abolió su insensato decreto y mandó publicar por todos sus pueblos las señales y maravillas del Omnipotente.

CÁRLOS BUENAVENTURA ARIBAU.

Un año cumple en estos días que bajó á la tumba en Barcelona, uno de los hombres mas distinguidos de la España moderna, don Carlos Buenaventura Aribau, hacendista aventajado, empleado probo, amigo consecuente, filósofo profundo, poeta tiernísimo, patricio amantísimo siempre de los adelantos de su patria. Fué á morir en ella, después de haber brillado por la elevación de sus conocimientos en el centro de Castilla, en cuya corte habia sostenido grandes principios económicos, habia publicado y dirigido periódicos políticos y literarios, habia fomentado todas las materias útiles, y acometido en compañía del eminente, del gran impresor español Rivadeneira, la creación de un monumento literario, la *Biblioteca de autores españoles desde la formación del lenguaje hasta nuestros días*. Murió en Barcelona modesto, como siempre, pero sin toda aquella consideración que merecía por sus elevados conocimientos, por su celo y continuados desvelos, por su mérito increíble... que al fin los hombres suelen pagar en todos tiempos con el olvido los mas grandes sacrificios. El SEMANARIO POPULAR rinde hoy á la memoria de Aribau este ligero recuerdo, y

se envanece con evocar el genio que dictó á su pluma la tan conocida como tierna poesía catalana en que el poeta se dirigía á su patria querida.

A Deu siau, turons, per sempre á Deu siau,
O seiras desiguals, que allí en la patria mia
Dels nubols é del cel de lluny vos distingia
Per lo repos etern, per lo color mes blau.

A Deu tú, vell Monseny que des ton alt palau,
Com guarda vigilant cubert de boyra é neu,
Guaytas per un forat la tomba del Jubeu,
E al m'tg del mar immens, la mallorquina nau.

Jo ton superbe front coneixia llavors,
Com coneixer pogués lo front de mos parents;
Coneixia també lo só de tos torrents,
Com la veu de ma mare, ó de mon fill los plors.

Mes arrancat després per fats perseguidors,
Ja no coneix ni sent com en millors vegades;
Axi d'arbre migrat á terras apartadas
Sont gust perden los fruyts, é son perfum las

Qué val que m' haja tret una engayo a sort
A veurer de mes prop las torres de Castella,
Si l' cant dels trovadors no sent la mia orella,
Ni desperta en mont pit un generos recort?

En va á mon dols pays en alas jo m' transport,
E veig del Llobregat la platja serpentina;
Que fora de cantar en llengua llemosina
No m' queda mas plaher, no tinch altre conort.

Plaume encara parlar la llengua d' aquells
(sabis)
Que ompliren l' univers de llurs costums é

La llengua d' aquells fors que acataren los reys,
Defengueren llurs drets, venjaren llurs agravis,
Muyra, muyra l' ingrát que al sonar en sos

Per estranya regio l' accent natiu, no plora,
Que al pensar en sos llars no s' consum ni s'

Ni cull del mur sagrat las liras dels seus avis.
En llemosi soná lo meu primer vagit
Quant del mugró matern la dolsa llet bebia;
En llemosi al senyor pregava cada dia,
E cantichs llemosins somiava cada nit.

Si quant me trobo sol, parl' ab mon esperit,
En llemosi li parl, que llengua altra no sent,
E ma boca llavors no sab mentir ni ment,
Puix surten mas rahons del centre de mon pit.

Ix donchs per expressar l' afecte mes sagrat
Que puga d' home en cor gravar la ma del cel
O llengua á mos sentits mes dolsa que la mel,
Que m' tornas las virtuts de ma innocent

Ix é crida pel mon que may mon cor ingrát
Cessarà de cantar de mon patró la gloria;
E passi per ta veu son nom é sa memoria
Als propis, als estranys, á la posteritat.

IX é crida pel mon que may mon cor ingrát
Cessarà de cantar de mon patró la gloria;
E passi per ta veu son nom é sa memoria
Als propis, als estranys, á la posteritat.

LA CIUDAD DE PAVÍA.

La antigua y célebre ciudad de Pavía, está situada sobre el Tesino á 7 leguas de Milan. Su población es de 24,000 habitantes. Tiene arzobispado y una universidad célebre fundada por Carlo-Magno y reconstituida en 1361, en 1771 y en 1817. Su biblioteca es de 50,000 volúmenes.

Son notables en Pavía la torre gótica de la catedral, el puente de mármol, el castillo, la plaza con pórticos, y á una media legua de distancia la mejor abadía de Europa.

Fundada por los Maricianos, bajo el nombre de *Ticinum*, Pavía quedó arruinada por Odoacro, rey de los herulos, y reconstruida bajo el nombre de *Papia*, de que le procede el actual. En tiempo de Albino fue capital de los reyes lombardos. Bajo sus muros se dio el 24 de febrero de 1525 la famosa batalla en que Francisco I de Francia quedó hecho prisionero de los españoles.

EUGENIA Y LEONCIO

Ó EL VESTIDO DE BAILE.

Mad. de Palmene, joven todavía, y viuda hacia algunos años, se consagraba enteramen-

te á la educación de una hija única, objeto de toda su ternura y de todos sus cuidados. Su esposo, al morir, habia dejado muchas deudas, y Mad. de Palmene no habia podido pagarlas, sino resignándose á marcharse de París para habitar en una tierra que poseía en Touraine, situada á una legua escasa de Loches. El castillo era antiguo y vasto. Su puente levadizo, sus fosos y sus torres recordaban los siglos memorables de los Duguesclin y de los Bayardos, aquellos días de la edad media que debieran echarse de menos, si la lealtad y el valor de algunos bravos caballeros pudieran hacer las veces de policía y de leyes. El interior del castillo correspondía á su exterior. Todo indicaba allí la noble sencillez de nuestros antepasados: no habia ni objetos dorados, ni esa ridícula multitud de porcelana, de jarrones que llenan nuestras casas modernas; pero en cambio se admiraban bellos tapices que representaban hechos interesantes de historia. Podia uno pasearse por grandes galerías adornadas con retratos de familia, y de de las ventanas del salon se veía á un lado un magnífico bosque, y al otro las alegres orillas del Indre. Allí fue donde Eugenia (este era el nombre de la hija de Mad. de Palmene) pasó los primeros años de su juventud, y donde se aficionó á las diversiones campestres y á la vida apacible y retirada.

En los hermosos días de primavera y de verano, daba con su madre largos paseos; por la tarde iban ambas al bosque donde buscaban la sombra y la frescura. Unas veces Eugenia corria allí largos ratos, otras cogia plantas cuyos nombres y propiedades le enseñaba su madre. A menudo tomaba allí mismo sus lecciones ó escuchaba interesantes lecturas; y cuando el día iba á concluir, saliendo del bosque se dirigian hácia las alegres orillas del rio. Cumplidos ya los ocho años, Eugenia llevó una vida mas sedentaria. Mil ocupaciones la detenian en el castillo: se levantaba con el día, iba á almorzar en el parque ó en los campos, y por la tarde andaba también una ó dos leguas con su madre.

Tenia por compañera de sus juegos á la hija de su aya. Esta niña, llamada Valentina, que tenia cuatro años mas que Eugenia, era de muy buena índole, muy amable y bastante aplicada. Casi siempre asistia á las lecciones que tomaba Eugenia y las aprovechó de tal modo que ésta la miró siempre con razon como á su amiga.

Por fin Eugenia cumplió los diez y seis años. Reunía á las gracias sencillas de su edad, á la alegría un talento cultivado, mucha discreción y una dulzura inalterable y un humor siempre igual. El cariño y el agradecimiento que profesaba á Mad. de Palmene no tenían límites. Ocupándose sin cesar de su madre y buscando todos los medios de complacerle, no habia ocupación que no tuviera algun atractivo para ella. Si aprendia de memoria algunos versos, pensaba para sí: «Mamá me los oirá recitar con mucho gusto, mientras nos paseemos esta tarde se los diré, y así elogiará mi memoria y mi aplicación.» Si estudiaba el inglés ó el italiano, se decía á sí misma: «¡Cuán grande será la sorpresa y la alegría de mamá al ver que en vez de página al que me han señalado he traducido dos!» Cuando escribía, cuando dibujaba, cuando estudiaba la música, siempre se hacia las mismas reflexiones: «Este cuadro adornará el gabinete de mamá: cada vez que lo mire, pensará en su Eugenia. Esta sonata que ahora principio á ensayar, cuando la sepa bien, encantará á mamá.» Esta idea que aplicaba á todo, le haria encontrar un placer indecible en el estudio, le allanaba las dificultades y cambiaba en gratas ocupaciones todos sus deberes.

Con el fin de perfeccionar la educación de Eugenia, Mad. de Palmene tomó la resolución de ir á pasar dos años en París. Abandonó su agradable soledad á fines de setiembre, y llevada á París alquiló una casita donde Eugenia echaba de menos mas á menudo las deliciosas orillas del Indre y del Loira. Mad. de Palmene

volvió á ver con sumo gusto á varias personas que habia conocido en otro tiempo. Entre ellas distinguia especialmente á un antiguo amigo de su esposo, llamado el conde de Amilly, merecia en verdad tal preferencia por su mérito y sus virtudes. Viudo hacia algunos años, no tenia mas que un hijo único de diez y ocho años de edad, de quien acababa de separarse por dos años. Este jóven, llamado Leoncio, se hallaba en Italia y debia despues viajar por el Norte.

El conde de Amilly iba todas las noches á cenar á casa de Mad. de Palmene; Eugenia se acostaba á las diez y media. En cuanto se habia marchado, el conde hablaba de ella siempre para elogiarla. Admiraba su talento, su modestia, su reserva y cierto aire de candor y de franqueza que llenaba de un encanto indecible sus mas pequeñas acciones. Tambien hablaba de su hijo, ensalzando su talento, su carácter y su corazon. Mad. de Palmene escuchaba con secreta alegría el elogio de Eugenia; oia con cierta emocion pronunciar tan á menudo el nombre de Leoncio, y en tan dulce conversacion mas de una vez se olvidó la hora; mas de una vez exclamaron con sorpresa: «¡Cómo! ¿son ya las tres?»

El conde de Amilly continuó sus visitas sin dar nunca mas esplicaciones. Un dia solamente dijo: «Mi hijo tendrá una fortuna considerable; pero antes de repartirla con él, quiero enseñarle á disfrutar de ella. A su regreso, tendrá veinte años; lo casaré con una mujer amable, de quien las gracias, el ejemplo y el candor puedan hacer que le sean gratos sus deberes y que ame la virtud.»

Mad. de Palmene veia en semejante mujer el retrato de Eugenia; pero reflexionando en la extrema desproporcion que existia entre su fortuna y la del conde de Amilly, no podia persuadirse de que tuviera realmente alguna mira con su hija.

Hacia ya cerca de dos años que Mad. de Palmene estaba en París. Eugenia iba á cumplir diez y ocho, cuando una noche, al entrar en casa de Mad. de Palmene le pidió permiso el conde de Amilly para presentarle él mismo á su hijo, que acababa de llegar. Un jóven de interesante figura se adelantó hácia Mad. de Palmene, saludándola á la vez con solicitud y con timidez, lo cual aumentaba su gracia natural. El conde y su hijo se quedaron á cenar; Leoncio habló poco, pero miró á menudo á Eugenia; no pronunció una palabra que no demostrara el deseo de agradar á Mad. de Palmene.

El conde volvió al dia siguiente con su hijo y Mad. de Palmene declaró que habia decidido irrevocablemente no recibir en su casa á ningún jóven de la edad de Leoncio.

—«Pero señora, replicó el conde, es preciso, sin embargo, que juzgueis si os puede convenir...

—¡Cómo! ¿Qué es lo que quereis decir?...

—Pues qué, ¿no veis que su felicidad y la mia están en vuestras manos? Tomaos tiempo para conocerlo; si tiene la dicha de agradaros, todos mis deseos y los de mi hijo quedarán cumplidos.»

El conde hablaba con sinceridad: Mad. de Palmene le dió muestras de agradecimiento al escuchar tales palabras. No quiso sin embargo, comprometerse con él, de-eando antes consultar á Eugenia y tomar algunos informes del carácter de Leoncio. Todo lo que llegó á saber aumentó el deseo de aceptarlo por hijo, y como el conde insistia en que le diera una respuesta pronta, no vaciló ya mas tiempo. Estando ya todo arreglado, se firmó el contrato de casamiento. Leoncio recibió al dia siguiente con indecible alegría la mano de Eugenia, y ambos fueron acompañados hasta una tierra magnífica que el conde poseia á diez leguas de París, quedando decidido que no volverian á aquella ciudad hasta fines del otoño.

Mad. de Palmene pasó tres meses con ellos. Al cabo de este tiempo, se vió obligada á separarse de sus hijos. Como tenia intencion de establecerse definitivamente en París, el ar-

reglo de sus negocios exigia que hiciera un viaje por Touraine. Aunque para el invierno debia estar de regreso, Eugenia tuvo que apelar á toda su razon para soportar una separacion tan dolorosa. Su pesar y su melancolía, despues de haber partido su madre, la hicieron aun mas querida de Leoncio. Este encontraba un gozo secreto en contemplarla en tal estado de abatimiento y de tristeza. Al ver correr sus lágrimas, se decia á sí mismo: «¡Cuáles serán un dia mis derechos sobre un corazon tan sensible y tan agradecido!»

Entre tanto Eugenia, por temor de afligir á Leoncio, le ocultaba parte de sus penas; pero en cambio se desquitaba de esta violencia con Valentina, la jóven que habia sido compañera de su infancia. El mas dulce consuelo de Eugenia era hablar de su madre, escribirle todos los dias largas cartas.

Cerca de dos meses habian transcurrido desde la marcha de Mad. de Palmene; Eugenia, durante todo ese tiempo, no habia ido ni una sola vez á París. El cariño que profesaba á Leoncio se aumentaba de dia en dia. Ambos iban á menudo á paseo por los bosques y los campos. Eugenia hacia varias preguntas á su esposo acerca de sus viajes, teniendo sumo placer en escuchar sus relaciones. Otras veces, sentados ambos en la orilla de los arroyuelos, Eugenia cantaba y su dulce y melodiosa voz atraia á los segadores que abandonando el trabajo, acudian á oirla. Eugenia distinguió en medio de ellos á un viejo venerable, que, como supo despues, se llamaba Gerónimo; y el que, á pesar de tener setenta y cinco años, era el único sosten de una hermana paralítica y de cinco niños huérfanos. Eugenia no disfrutaba sino de una corta pension; pues aunque su suegro poseia una fortuna considerable, y era noble y generoso, queriendo enseñar á su hijo y á su yerna á tener orden y economía, tenia lastante prudencia y valor para no repartir todavía su fortuna con ellos. «Cuando me hayais probado, les decia á menudo, que sabeis emplear como es debido el dinero, el mio será vuestro; por ejemplo, dentro de cinco años, si estoy satisfecho con vuestra conducta, me consideraré feliz al despojarme de todo en favor de un hijo económico y prudente; pero no entregaré nunca á un insensato, á un despilfarrador, una fortuna que tan solo debo á mi propio, y de la cual puedo disponer como quiera.—¡Ah! padre mio, contestó Leoncio al darme á Eugenia ¿no me habeis ya dado todo?»

A Eugenia por su parte le parecia que su pension era suficiente: tenia en todo la mayor economía y encontraba aun el medio de ser generosa y bienhechora. Pensando en el pobre Gerónimo por la noche cuando se fué á acostar, dijo á Valentina que era menester llevarle algun socorro. Al dia siguiente por la mañana, el conde de Amilly fué, como de costumbre, á almorzar con su nuera.—«Hé aquí, le dijo, un convite para una magnífica fiesta que tendrá lugar en París dentro de quince dias; quisiera, hija mia, que asistiérais á ella. Os hace falta un vestido de baile, y yo os lo voy á regalar.»

Al decir estas palabras, puso el conde sobre una mesa un bolsillo que contenia 60 lises. En cuanto Eugenia se halló sola, llamó á Valentina, y enseñándole el regalo que acababa de recibir, le dijo: «Con 50 lises me puedo comprar un vestido bastante bueno; voy á tomar, pues, 10 lises de esta cantidad para dárselos al pobre Gerónimo; y tú, Valentina, vé á informarte por el pueblo de si cuanto me han dicho acerca de ese buen viejo, está conforme con la verdad; si no hay exageracion en todo lo que me han contado, yo misma la llevaré el dinero que le guardo.»

Por la tarde volvió Valentina y dijo á su señora que no solamente habia tomado informes en casa del cura y de algunos aldeanos, sino que tambien habia estado en la cabaña del viejo: allí habia visto á la hermana paralítica, al cuidado de la mayor de los nietos de Gerónimo, que tendria unos doce años: la enferma

estaba en un cuarto muy limpio, con una cama bastante buena, mientras que el viejo dormia en una especie de granero sobre la paja: en fin, Gerónimo era el aldeano mas honrado del pueblo, y tambien el mas desgraciado y el mejor hermano y abuelo. «Vamos, pues, dijo Eugenia, ya llevo el bolsillo que me ha dado mi suegro; le daremos 10 lises.»

Eugenia tomó el brazo de Valentina y salió con ella, mandando recado á Leoncio, que estaba jugando una partida de wist, de que iba hácia la alameda de sauces á ver trabajar á los segadores.

En cuanto Eugenia llegó al campo donde Gerónimo trabajaba generalmente hasta la caída de la tarde, lo buscó con la vista y no viéndole, preguntó dónde estaba. Le respondieron que sofocado de calor y fatigado del trabajo, habia ido á descansar un rato á la sombra, y que se habia dormido á la orilla del arroyo junto á los rosales silvestres.

Eugenia y Valentina se fueron hácia aquel lado y pronto vieron al pobre viejo dormido y rodeado de sus nietos. Se acercaron con precaucion por temor de despertarle, parándose á algunos pasos á contemplar un cuadro tan conmovedor. El viejo dormia profundamente; una hermosa niña de ocho á diez años estaba atando con cuidado su delantal á las ramas de los rosales sobre la cabeza de su abuelo, con el fin de ponerle al abrigo de los rayos del sol; uno de sus hermanitos la ayudaba en su faena, mientras que los otros dos de rodillas junto al viejo ahuyentaban con unas ramas de sauce las moscas y los mosquitos que volaban alrededor de su cara. La niña, al ver á Eugenia, le indicó con la mano que no hiciera ruido. Eugenia se sonrió, y aproximándose con mucho cuidado á la niña, la besó y la dijo en voz baja: «Es menester que hable con vuestro abuelo en cuanto se despierte. Idos allá abajo á jugar con vuestros hermanos, y cuando yo os llame volved.»

La niña no se queria alejar, y lo mismo sus hermanitos que consintieron solo con la condicion de que Eugenia y Valentina espantasen las moscas y los mosquitos en su lugar.

Este convenio hecho, Eugenia cogió las ramas de sauce y se sentó con Valentina junto á los rosales silvestres: la niña se marchó entonces, y Eugenia, sacando el bolsillo, lo puso sobre sus rodillas para tomar los 10 lises. Luego, temiendo hacer mucho ruido al contar el dinero, se detuvo y mirando con enternecimiento al pobre viejo, dijo: «¡Cuán dulcemente duerme!... ¡Hombre honrado y respetable!... ¡Qué imponente es su cara!... ¡Setenta y cinco años, edad venerable!... Durante tan larga carrera, ¿cuántas fatigas habrá soportado! Y ahora que las fuerzas le abandonan, se ve todavía obligado á trabajar sin descanso.»

Al concluir estas palabras, las lágrimas se le saltaron de los ojos... «Figuraos, señora, dijo Valentina, la alegría que vais á proporcionarle dándole 10 lises.—Ese regalo, replicó Eugenia, esa cantidad tan pequeña no puede hacer la felicidad de su vida... ¡Oh! ¡cuán dulce seria poder asegurar la tranquilidad de sus últimos años! Diez lises no harán mas que aliviar un tanto su miseria; pero 50 harian que viviera con desahogo. ¡Cincuenta lises!... ¡lo que costará mi vestido! ¿Y qué placer sacaré de él? ¡Quizá no lo mire nadie; y yo misma veré muchos mas ricos que el mio!... Por lo demás, ¿crees tú, Valentina, que Leoncio me encontrará mas bonita por el vestido? Hoy ha elogiado mi rostro y sin embargo no llevo sino uno blanco y algunas flores que ha cogido esta mañana. Valentina, con 10 lises, podré comprarme un vestido nuevo, sencillo si se quiere, pero me estará mejor: flores y gasa sientan mejor en mi edad; ¿no te parece?—Os confieso, señora, que tendré mucho gusto en veros bien adornada.—¡Ah! Valentina, mira á ese viejo y olvidarás al punto tan vana idea; piensa no mas en la satisfaccion que tendria al sacar de la miseria á ese buen padre de familia... ¡Con cuánta ale-



Sidrach, Misach y Addenago en el horno de Nabuchodonosor.

gría cenaria esta noche, rodeado de sus hijos! ¡Cómo los besaría, y cómo le acariciarían ellos!... Y yo, mañana podría contárselo á mi madre... ¡Oh! ¡cuán feliz sería mi madre al leer mi cartal!...—Pero, señora, sereis la única en la fiesta vestida tan sencillamente: quizá disguste esto á vuestro suegro...—Y tambien á Leoncio... ¡Son, sin embargo, ambos tan buenos, tan generosos!... Vámonos, Valentina, y consultaré á Leoncio; no debo hacer nada sin sus consejos. Pero alejémonos de aquí, porque al contemplar á ese pobre hombre, me dan tentaciones de entregarle todo el dinero. Vamos á buscar á Leoncio y luego volveremos.»

Al decir estas palabras, Eugenia iba á levantarse, cuando oyó detrás de los rosales un ruido que la hizo volver la cabeza; al mismo tiempo vió á Leoncio que vino á echárse á sus pies. Un momento despues de haberse marchado Eugenia, había salido del castillo para alcanzarla. Sabiendo que ella buscaba á Gerónimo y presumiendo que sería para llevarle algun socorro, Leoncio había ido á esconderse detrás de los rosales silvestres, con el fin de escuchar su conversacion; y aunque Eugenia había hablado en voz baja, como estaba distante de ella solo algunos pasos, no había perdido ni una palabra de cuanto había dicho. «¡Oh, mi querida Eugenia, exclamó Leoncio cayendo á sus pies, todo lo he oido! Al tratar de asegurar la felicidad á ese buen viejo, habeis colinado la mia, y me habeis enseñado cuán digna sois de ser amada.»

Leoncio estaba aun hablando cuando Gerónimo se despertó. Eugenia se desasíó de los brazos de su esposo y se aproximó al viejo. Este últimó la miró con sorpresa y por respeto hacía ella quiso levantarse. Eugenia le rogó que permaneciera sentado, y él dijo escusándose: «Señora, tengo que ir á trabajar.—No, dijo Eugenia; descansad por hoy...—¿Y mi salario?—Yo os lo pagaré. Tomad este bolsillo; y haga Dios que os cause tanto placer como yo tengo en ofrecéroslo.»

A estas palabras, inclinándose con aire enternecido y respetuoso, puso entre las manos de Gerónimo el bolsillo que contenia 50 lises. Leoncio contempló á Eugenia con indecible satisfaccion: nunca le había parecido tan hermosa; nunca había hecho en su corazon una impresion tan profunda.

Entre tanto el viejo, al albrir el bolsillo, se quedó como sobrecogido; no había visto en su vida una cantidad tan considerable. Se restregó los ojos creyendo que estaba soñando. Eugenia gozaba en su silencio de su sorpresa. Por fin Gerónimo, juntando las manos, dijo con voz trémula: «Dios mio, ¿qué he hecho yo para merecer tan gran favor?»

Y levantando la cabeza, miró á Eugenia con los ojos llenos de lágrimas:—«¡Oh, señora, exclamó, quiera Dios, para recompensaros, que vuestros hijos se os parezcan!»

No pudo decir nada mas, pues el llanto no le dejaba hablar. En aquel momento, toda la familia de Gerónimo vino corriendo. Eugenia le rogó que guardara el bolsillo y que no descubriera á nadie la aventura: besó de nuevo á Simona, la niña mayor, y despidiéndose del pobre viejo, volvió con Leoncio al castillo.

Por una delicadeza muy natural, no quería Eugenia que su suegro supiera esta aventura antes del dia de la fiesta, temiendo que el conde le diera otro vestido de baile. El dia señalado llegó por fin. El conde se quedó en el campo, y Leoncio y Eugenia partieron para París. Eugenia llamó en el baile la atencion de todo el mundo, no solamente por el encanto de su persona, sino por la elegante sencillez de su *toilette*, que ni perlas ni diamantes realzaban: nada perjudicaba á su natural hermosura. El dulce recuerdo del pobre viejo se presentó mas de una vez á su imaginacion y reanimó su alegría: mas de una vez, considerando el lujo excesivo de las jóvenes de su edad, se dijo á sí misma: «¡Qué lástima les tengo! no saben cuáles son los placeres verdaderos.»

Al despuntar el dia, volvieron ambos al

campo: Leoncio quería que su padre viera á Eugenia con el traje de baile: estaba impaciente por contarle la historia de Gerónimo y saboreaba de antemano el placer que iba á proporcionarle. En efecto, el conde escuchó la relacion á la vez con enternecimiento y alegría; mil veces estrechó en sus brazos á su querida Eugenia, y desde entonces le profesó el cariño del mas tierno padre. Eugenia y Leoncio fueron á visitar al dia siguiente á Gerónimo. Leoncio le anunció que se encargaria de la suerte de dos de sus hijos, de la bonita Simona y de su hermano segundo. Simona fue enviada á París á casa de una modista, y su hermano entró de aprendiz en casa de un carpintero. El conde de Amilly colmó la felicidad del buen viejo dándole una vaca y una fanega de tierra cerca de su cabaña. Mad. de Palmene, de regreso de la Touraine, recibió en el camino la carta que contenia toda la historia.

Queridos niños, á vuestra edad no es posible aun comprender la impresion que semejante carta puede producir en el corazon de una madre... En fin, la buena y hermosa Eugenia volvió á ver á Mad. de Palmene, que no se separó mas de ella. Eugenia fue siempre el encanto de su madre, de su esposo y de su familia; encontró en su propio corazon y en el aprecio de los demás la justa recompensa de sus virtudes y su conducta; y para mayor felicidad, el cielo escuchó favorablemente los votos de Gerónimo: Eugenia tuvo hijos dignos de ella que le proporcionaron toda la felicidad que ella misma había dado á su madre.

EPÍGRAMA.

En unos versos decia,
Un tonto aspirante á cuerdo:
«Escritores son hoy dia
Desde el mas sabio al mas lerdo»
Y ¡cuánta razon tenia!

Por todo lo no firmado J. GASPARD.
Editor responsable, Fernando Gaspar.

ADVERTENCIA. Las suscripciones se hacen solo por un año ó por seis meses.—Las de año concluirán el último de febrero y las de seis meses á fin de agosto próximo.—Las reclamaciones por pérdida de un numero, se atenderán solo durante los primeros 15 dias despues de su publicacion.

PUNTOS DE SUSCRICION. MADRID: Librería de Gaspar y Roig, Principe, 4; de Matute, Carretas, 6; de Leocadio Lopez, Carmen, 29; de Cuesta, Carretas, 9; de San Martin, Victoria, 9; de Sanchez Rubio, Carretas, 51; Moro, Puerta del Sol; Duran, Carrera de San Geronimo; Dochnao, calle de Jacometrezo, 65, y en la publicidad, pasaje de Mathen.

En Provincias, Etranjero y Américas en casa de los corresponsales de los editores Gaspar y Roig, donde se suscribe á la BIBLIOTECA ILUSTRADA, y mandando libranzas ó sellos de Correos.

MADRID: Imp. de Gaspar y Roig.